# 3. Charles Péguy: el frente está en todas partes



ANTONIO BUENO GARCÍA
Universidad de Valladolid

## 3.1. Introducción

> [...] Hoy estamos todos situados en la brecha. Todos estamos en la frontera. La frontera está en todas partes. La guerra está en todas partes, hecha añicos, troceada en mil pedazos, desmigajada. Estamos todos situados en las marcas del reino. «Todos somos marqueses».

Así es como la editorial Nuevo Inicio entronizaba en nuestro país una antología con textos del autor, traducidos por Javier Martínez y Sebastián Montiel, para conmemorar el centenario de la muerte de Charles Péguy. El título *El frente está en todas partes*, además de pretender llamar la atención del posible lector sobre el contenido real del libro, se inspiraba a su vez en otra que Hans Urs von Balthasar había publicado, en 1953, con fragmentos seleccionados de entre los ensayos del poeta francés, y traducidos al alemán por el mismo teólogo suizo, para la cual eligió el título de *Wir stehen alle an der Front* (*Todos estamos en el frente*). El cambio de la frase original de Péguy, *nous sommes tous à la frontière* («todos estamos en la frontera»), por el *nous sommes tous sur le front* («todos estamos en el frente») de von Balthasar y de Nuevo Inicio está plenamente justificado por el contexto y por la vida del autor, pues esa «frontera que está en todas partes» es el frente de una «guerra que está en todas partes», y que nos reclama además a todos que «seamos soldados» en un mundo amenazado.

A través de estas páginas intentaremos analizar, con la brevedad que exigen, los frentes a los que se vio sometido el autor en vida (el de la guerra, la literatura, el misticismo, la patria, la política, la religión o el de la propia vida personal), de los que advertimos ya que no consiguió salir ileso, pues entregó su vida en una de las primeras batallas de la Gran Guerra, pasando a engrosar el listado de víctimas de la Gran Guerra en el mundo literario. Hoy incluso, Péguy sigue luchando en un frente *post mortem*, buscando el reconocimiento de una sociedad que no ha sabido o querido entenderle.

Pero antes de entrar en el detalle de esta importante figura de la literatura, conviene que le dediquemos unas breves líneas a la época en la que se circunscribe, el frente en el que se vieron implicados.

## 3.2. Guerra, literatura y misticismo

A juicio de José María Valverde, el periodo literario transcurrido previo a la Primera Guerra Mundial responde a unas claves que pueden buscarse mejor en

el sustrato de ideas y creencias de la época. En ellas se desprestigia el positivismo cientificista y se apela a un espiritualismo, entre intuicionista y católico, de corte nacionalista y tradicionalista. Esto no lo manifiesta la literatura de modo inequívoco: la situación sobre la que cayó el corte de 1914 lo mismo puede considerarse como de confuso prefascismo que como de clarificación de los espíritus.

Los autores franceses del final de siglo XIX sintieron a su país como un país humillado, que necesitaba recobrar su grandeza, lo cual suponía esfuerzos nuevos no sólo en el plano militar, sino también en el campo intelectual. Mientras desde la izquierda se abrazaba el internacionalismo, desde la derecha el nacionalismo, como respuesta a esa ideología de 1789 que se consideraba responsable de la decadencia del país. «Dos Francias» se hicieron presentes y correspondían a la de una derecha católica y a la de una izquierda laica. Pocas guerras han marcado más a una generación que la Primera Guerra Mundial. Fue este uno de los pocos conflictos de la historia en los que se cierra filas alrededor de los dirigentes, pues supieron estos convencer de que el enemigo estaba atacando a la existencia misma de la nación. Pero el horror de la guerra, su absurdo, constituyen el tema favorito de los escritores. El grito de Péguy: «Bienaventurados los que murieron por una guerra tan justa» resuena poderoso. El filósofo Henri Bergson escribió en el *Bulletin des armées de la République* el 4 de septiembre de 1914:

> «En el conflicto actual se enfrentan dos fuerzas (…) la fuerza que se desgasta (la alemana) porque no se basa en un ideal superior, la fuerza que se desgasta (la francesa) porque se basa en un ideal de justicia y de libertad».

Y tres años más tarde, en 1917, identificó esta fractura:

> «La guerra fijó de la noche a la mañana el valor exacto de todas las cosas; muchas de las que parecían importantes pasaron a ser insignificantes, otras en las que pensábamos distraídamente se convirtieron en esenciales: pronto cayó el velo de los convencionalismos y los hábitos que se interponía entre nuestro espíritu y la realidad; encontramos una escala de valores en cada persona, en cada objeto, en cada nación, y en cada una de las ideas que nos da la indicación de su valor absoluto, más allá del espacio y del tiempo».

Henri Lavedan, autor dramático, expresó así su credo de la época:

> «Creo en la pujanza de nuestros derechos, en esta cruzada por la civilización. Creo en la sangre de las heridas, en el agua de la bendición, en nuestros conciudadanos, en nuestro gran pasado y en nuestro futuro todavía más grande; creo en nosotros, creo en Dios. Creo, creo.»

Este misticismo, esto que dio en llamarse «Unión Sagrada», constituye una de las características de aquellos años.

## 3.3. La vida personal

No podemos hablar de Charles Péguy sin considerar su vida personal, literaria y filosófica desde muchos y variados frentes, que tendrán que ver con su vida personal, el socialismo, la patria, la religión cristiana… Precisemos todas estas con unas breves pinceladas biográficas de este autor:

Charles Péguy nació el 7 de enero de 1873 y murió el 5 de septiembre de 1914. No conoció a su padre, que murió en la guerra franco-prusiana (que comenzó en 1870), y fue educado por su madre y su abuela, que marcaron su existencia. «Nunca me enseñaron las letras», decía sobre su edad infantil: «Nunca había ido a la escuela, pero sí había ido al Catecismo» en la parroquia de Saint-Aignan.

Durante su juventud leyó con avidez toda la historia referente a esta guerra, buscando el significado histórico de la guerra que le arrebató a su padre. Cursó estudios primarios en la escuela normal de Orleans, que en 1882 seguía el modelo de la escuela laicizada; luego en el Lycée de Orleans con una beca, en cuyas aulas aprendió latín y griego; y finalmente superiores en la llamada École Normale Supérieure, donde trabó amistad con personas decisivas en su vida, aunque saldrá de aquí sin graduarse. Estuvo atento a la pobreza de la gente de su barrio y de ciertas injusticias sociales que le marcarán para siempre. De ahí vendrá su sentido de la justicia. La vida ordinaria, las ocupaciones aparentemente monótonas tenderían hacia un fin misterioso como él mismo observó, nada había más misterioso que lo que le ocurre a un niño en sus doce primeros años de vida.

Si la ciudad rezumaba religiosidad, no así su casa a tenor de sus declaraciones a un profesor sobre el día de su primera comunión: «Ayer hice la primera comunión. Imagínese el trastorno para mi mamá y para mí. Me ha distraído de mis deberes; desde el domingo no he podido estudiar ni una lección. Menos mal que se acabó.» (Valente 2001, p. 6).

Ese ambiente mantuvo al joven lejos del clericalismo aunque no impidió su formación cristiana. La República y la Iglesia formaban a la juventud con enseñanzas contrapuestas

Al lado de la tradición anticlerical en la que Péguy se había criado estaba la tradición patriótica de Orleans, que a finales del siglo XIX estaba viva. Esta conciencia nacional le ayudó a forjar su interés por el concepto de República. El personaje de Juana de Arco fue un ejemplo en su vida, patriota por excelencia, heroína y santa, que inspiró las mejores piezas de su obra. También evocó la figura del rey San Luis, pero subrayando que mientras este reinaba sobre una Francia cristiana y pacífica tuvo que salir de las fronteras del reino para pelear con enemigos de fuera, mientras Juana tuvo que pelear con enemigos de fuera y también de dentro y murió por haber cumplido su misión en conciencia.

Las amistades de Péguy fueron también determinantes en su trayectoria vital. Entre sus amigos se contaron, por ejemplo, Louis Boitier, la madre de Jacques Maritain, Romain Rolland, Henri Bergson, Lucien Herr o el cura Battifol. Herr era conocedor de la filosofía alemana, especialmente de Hegel, y estaba fascinado por el socialismo alemán, que quería introducir en Francia. Louis Boitier era un herrero de profesión en el que Péguy reconocía la cualidad de haber sido su primer maestro, tanto en literatura —le había hecho leer la poesía de Victor Hugo— como en espíritu republicano, y le contó muchas historias sobre la guerra de 1870

en la que había muerto su padre. Péguy, que lo había visto trabajar en condiciones sumamente difíciles, lo veía como ejemplo de la gente humilde que se esforzada para sobrevivir. Romain Rolland había mostrado a Péguy que el racionalismo y el progreso habían acompañado por más de un siglo la evolución de la burguesía. Ciencia y Razón habían fundado en efecto no solamente repúblicas burguesas, sino que habían proporcionado todas las piezas del aparato capitalista. Péguy y muchos otros pensadores empezaron a perder la fe en 1910 en el dogma del progreso y en el racionalismo. Bergson era ciertamente una voz distinta en su vida: sus clases, que se desarrollaban el viernes a las 5 de la tarde en el Collège de France, eran muy concurridas y gracias a ellas, y a la aplicación de la psicología y la filosofía con los datos de la intuición, pudo dar forma al sentido común. Péguy vio en él la posibilidad de conectar con principios capaces de criticar el cientificismo y el positivismo, y llevó a los Maritain a escuchar a Bergson. Péguy se consideró siempre discípulo de Bergson y entendía su relación como la de discípulo-maestro. No dudó en adaptar al ámbito histórico y político en lo que Bergson había contemplado solo dentro del ámbito de la psicología. Lucien Herr, bibliotecario de la Escuela Normal Superior, supervisó la actividad del grupo de estudiantes liderado por Péguy en la Escuela Normal Superior.

Aparte de sus amistades, presencias reales de Péguy, el escritor sentía admiración por Corneille, el poeta que defendía el heroísmo de las personas honestas en el contexto de un cristianismo que integraba todos los valores humanos. Por amor a una persona, a la patria, a la Verdad, la persona era capaz —según Péguy— de superarse. También por Pascal, cuya influencia, aunque tardía, fue, asimismo, decisiva. Leyendo los *Pensamientos* de Pascal, el Péguy no creyente aún, se dio cuenta de que había logrado una nueva perspectiva sobre el mundo. A Péguy le intrigaba la resignación cristiana de Pascal, que tenía que ver con la lucha, y decidió aplicar el método de Pascal a su propia vida. Péguy discrepa del jansenismo, que podía condenar al hombre al pesimismo, al no tener ni esperanza ni alegría.

En el curso 1896-1897 empezó a dar vueltas a la posibilidad de fundar un diario, que se concretó en 1900 en los futuros *Cuadernos Quincenales*, pero la empresa sufrió muchos fracasos. Una de las causas fue el *affaire* Dreyfus, del que hablaremos después, y que le cansó tanto que no le dejaba casi tiempo para estudiar; por lo que suspendió la agregación.

Los biógrafos nos presentan a Péguy casado inesperadamente con Charlotte Baudoin, hermana de un amigo muerto hace tiempo y por fidelidad a su memoria; provocando tensiones en su familia, tensiones que empeoraron debido al ateísmo de la esposa, que no consintió que se bautizaran los tres hijos que tuvo en vida y el cuarto que estaba esperando su esposa cuando él murió. Al parecer se sentía atraído por Blanche Raphaël, una joven profesora de inglés, que parecía comprender sus inquietudes espirituales y literarias. Sin embargo, no dará el paso de romper su matrimonio civil.

La empresa editorial que fundó también sufrió, y para salir de las dificultades tuvo que asociarse con personas con una visión diferente de la suya, que quisieron utilizar su publicación para los fines del partido y Péguy se distanció de ellos, aprendiendo duramente la degradación del ideal socialista. En la Sorbona consideraron un crimen este distanciamiento del socialismo en la publicación, ánimo que se transmitió a los normalianos, que nunca reconocieron a Péguy. Péguy consiguió

mantener su libertad de pensamiento frente a los opresores y estaba convencido de que más valía el aislamiento que la cobardía o la traición del ideal. Para el escritor todos los periódicos estaban obligados a decir la verdad, sin las restricciones que introducía el partido socialista.

## 3.4. El concepto de patria en Péguy

El patriotismo de Péguy nunca conoció eclipse, aunque no siempre presentó la misma cara. Desde la infancia a la juventud y a la primera madurez revistió sucesivamente distintos aspectos contradictorios en ocasiones. Pero todos provenían de las enseñanzas de la primera edad.

Péguy comparaba a Francia con las grandes culturas antiguas, pero se le acusaba de exagerar por la manera en la que formula la comparación. Por ejemplo, cuando dice que la derrota de Francia sería un desastre para la historia y la cultura. Su tono parece demasiado grandilocuente cuando define a Francia como: «pueblo único entre los pueblos modernos», «el único comparable a los antiguos pueblos elegidos, comparable al pueblo de Israel, comparable al pueblo griego, y al romano», «el último y único refugio de la filosofía», «el único y último refugio del arte contra la barbarie», «el último refugio de la libertad en el mundo». Como constata Kankindi (2010, p. 182), «tal vez el tono exagerado de las expresiones utilizadas deliberadamente por Péguy han impedido que se aprecie el carácter premonitorio de sus palabras.»

La fragilidad de lo que defiende, la patria, le obliga a una meditación lírica. El patrimonio material y espiritual, conseguido por medio de esfuerzos innumerables a través de los siglos y heredado por Francia, ya no estaba a salvo y no iba a volver a estarlo. El contrapunto de estas imágenes lo ponían las masacres de Armenia, las conquistas coloniales de su país en África y en Asia, el estado de la república, la desigualdad social que respiraban día a día los franceses. Nunca consintió identificar Francia con los crímenes cometidos en su nombre, bien fuera en las matanzas colonialistas, bien en tiempos del asunto Dreyfus. Péguy piensa en la quiebra de la sociedad, en su propia nación y más allá de ella.

Péguy no defendía cualquier tipo de Francia, ni consentía en cualquier clase de guerra. Nueve meses después de Tánger, en los Suplicantes paralelos, se declaró dispuesto «no solo a la deserción, sino a la insurrección ya la rebelión» en el caso de que su país preparase una invasión de las provincias renanas. Los dos ensayos en los que Péguy trató de la patria arrancaron de la crisis con Alemania, a la que no le ahorró una crítica severa, pero siempre en los aspectos que se referían al patrimonio universal. Entendía por patria una idea que incluía el patrimonio de los valores heredados e irrenunciables, y por patriotismo el deber de defenderlos. La Francia combatida y malquerida por los intelectuales le parecía una nueva Eva. Francia se encarnaba en esta *Eva* del poema de Péguy, y los males por los que se ha forjado toda la simbología del primer nombre de mujer parecían encarnar la suerte de Francia. Escribió *Eve* con el presentimiento de su muerte próxima, con la obsesión del fracaso temporal de su carrera humana. En aquella hora de bajo patriotismo, sentía el autor la necesidad de proclamar que el heroísmo no era una vocación para la muerte, sino un deber del ciudadano, en el trabajo, en el cumplimiento de sus

deberes de Estado. En agosto de 1914, si estuvo de acuerdo con la orden de movilización, fue porque, según dijo a su amiga Genoveva Favre, partía como soldado de la República para establecer una paz definitiva. Según Bastaire (1975, p. 12):

> «Péguy no dejó nunca de ser un insurrecto, en ruptura abierta con el totalitarismo marxista, el dogmatismo combista y la ortodoxia devota. Los voluntarios del año II, los republicanos de 1848 y los partidarios de la Comuna: éstos son para él los herederos auténticos de santa Genoveva, de san Luis y de Juana de Arco».

Según las palabras que el dramaturgo puso en boca de su Juana de 1897, «no puede admitirse que los franceses sean cobardes», que la servidumbre «no corre por las venas de los franceses», que «los franceses son quienes deben salvar a Francia» (en Bastaire 1979, p. 210). Péguy reaccionó escribiendo *Nuestra Patria*, con título intencionadamente polémico, y no pudo contener su rebelión contra Jaurès y contra Hervé.

### 3.5. Dreyfus y otros *affaires* [...]

El caso Dreyfus, que surgió en la sección de contraespionaje del ejército, dejó su huella en la época y en el escritor. Como se sabe, en octubre de 1894 el diario de derechas *Libre parole* reveló la acusación y condena del capitán Alfred Dreyfus, francés de origen judío y proveniente de la provincia de Alsacia (perdida por los franceses en favor de Alemania) por haber revelado datos de estrategia militar a un importante oficial de la Embajada de Alemania en París. Por más que clamó el acusado en su inocencia, el ejército, los nacionalistas de derecha y los antisemitas hicieron cuanto pudieron para condenar a un judío, que había sido el primero de su raza en a ceder a la élite del Estado Mayor. En 1896, Bernard Lazare publicó un folleto titulado «Une erreur judiciaire: la vérité sur l'affaire Dreyfus», en el que ponía en duda los motivos de la acusación y, por tanto, de la condena. Un año más tarde el hermano del condenado, Mathieu Dreyfus descubrió al verdadero autor del documento que incriminó a Dreyfus, Esterhazy. En 1897 un senador socialista, Auguste Schereur-Kestner, publicó una carta pidiendo la revisión del proceso, y Bernard Lazare publicó otra memoria sobre las falsas pruebas presentadas por el Estado Mayor. A pesar de todas las pruebas se amnistió al culpable, y en toda Francia se desató un clima de emoción y escándalo, orquestado por una prensa dividida según la oposición derecha-izquierda. La izquierda sostenía que, al condenar falsamente a un judío acusándole de traición a la patria cometía una injusticia cuyo fin era desplazar a la izquierda, que pretendía ganarse al pueblo con las doctrinas socialistas. Péguy ya había respondido con muchos artículos en defensa del capitán Dreyfus, pero la organización socialista no se puso en marcha hasta después del famoso manifiesto *J'accuse* de Zola, lo que denunció nuestro autor.

El caso Dreyfus, como señala Kankindi (2010, p. 123-124), marcó a la sociedad francesa, a sus pensadores, y a su cultura, y marcó igualmente una separación clara entre la derecha y la izquierda, dejando a esta última dividida. El modo en el cual se hizo la rehabilitación del capitán judío (no fue juzgado inocente, sino que fue

indultado) indicaba que Francia había preferido, in extremis, la definición contractual de la sociedad en contra de una supuesta idea de comunidad. El análisis que hizo Péguy, según también Kankindi (2010, p. 125), es que la república se iba a apropiar de la batalla dreyfusista para construir su ideología.

Con el caso Dreyfus cada partido consiguió constituir ciertamente su propia Francia particular. Una Francia que no había superado su sentimiento de vencida y que cada vez se sentía más amenazada por una Alemania más desarrollada. En «El affaire Jesús» (1913), Péguy trasladará otro verdadero y auténtico caso que debería interesar a la humanidad.

## 3.6. La militancia socialista

Influido por su amigo Herr, y creyendo encontrar en el socialismo elementos correctores del liberalismo, militó activamente en el movimiento socialista, aunque pronto se dio cuenta de los límites del socialismo como sistema político y se dedicó a forjar los principios que consideraba decisivos a la hora de proporcionar un orden social más humano, que en última instancia dependía del cambio moral en el hombre (condición necesaria para una sociedad más justa). De ahí la célebre frase de que «la revolución será moral o no será», frase que parece inspirada en la que pronunció Zola a propósito también de la república: *la Republique será naturaliste o une sera pas*. Péguy se convirtió al socialismo, pero nunca estuvo dominado por él, porque la revolución en la que pensaba era siempre una revolución moral.

Péguy se consagró a la creación de su periódico *Les Cahiers de la Quinzaine* de manera «socialistamente socialista», es decir convencido de que el socialismo se mostraba en ella no sólo en la expresión de las ideas, sino en la concepción y en la misma gestión.

La opción por el socialismo se intuía en la dedicatoria de la primera *Juana de Arco*: «todos los que habrán vivido y muerto para el establecimiento de la República Socialista Universal». Péguy colaboró con la *Revue Socialiste*, donde publicó sus primeras ideas políticas, y escribió también en otras como *L'Aurore* y *L'Essor*. Sus contribuciones giraban en torno a la reforma social y a la necesidad de contar con la investigación científica y la solidaridad entre los hombres.

La relación entre Charles Péguy y Jean Jaurès influyó sobre el pensamiento del primero porque creyó que ambos tenían la misma comprensión del socialismo, pero a partir de 1900 la relación cambió estrepitosamente. Primero fue por la cuestión de la unidad socialista; luego por la cuestión de la amnistía a Dreyfus, que Jaurès apoyaba y Péguy rechazaba; después por la persecución religiosa que propiciaba Jaurès; también por la diferencia de actitud frente a la socialdemocracia alemana: mientras Péguy había dejado de creer en la fuerza revolucionaria y había condenado su postura frente a las masacres de Armenia; y a raíz de las disfunciones del parlamentarismo.

En agosto de 1989, Charles Péguy publicó un artículo sobre la crisis del partido socialista y el caso Dreyfus. Para intentar resolver las dudas del partido socialista, Jean Jaurès convocó un congreso nacional. Antes del congreso, Péguy escribió en la *Revue Blanche* una crónica en la que advertía que era necesario someterse a una exigencia de sinceridad si la acción socialista quería realmente cambiar las cosas,

pero el autoritarismo apareció en la constitución adoptada por el congreso, que no clarificaba la definición de la justicia como Péguy esperaba y ello fue la causa directa de la ruptura entre Péguy y el socialismo oficial.

Péguy se separará también de los anarco-sindicalistas de la CGT porque con la noción de sabotaje introducen una contradicción inadmisible. El escrito fue más allá e imaginó un «terror sociométrico». ¿Pesadilla sin fundamento? A pocos años estalló la Revolución Rusa, cuya deriva totalitaria vislumbró. Y a más de medio siglo de distancia, lo inverosímil también se produjo y se llamó «stalinismo».

## 3.7. El descubrimiento de la fe

Desde la crisis socialista, Péguy había renunciado a su catolicismo e incluso a la creencia en Dios. Su camino hacia la fe lo encontró en la figura de Juana de Arco y en la meditación. En 1904 Péguy advirtió que cuando el hombre eliminaba a Dios surgía el viejo orgullo: el espíritu humano se perdía porque había perdido su brújula. La intuición bergsoniana le permitió descubrir sus valores concretos, que no eran otros que la familia, la raza, la patria y el trabajo, que eran causas de esfuerzos y garantías de grandeza.

La gran crisis que experimentó en vida fue su exclusión de los sacramentos por la imposibilidad en que se encontraba de transformar en matrimonio religioso el matrimonio civil que le unía a una esposa atea con la que tenía tres hijos no bautizados. Péguy se vio sumido también en la conciencia de un pecador. Al escribir sobre Victor Hugo hablaba por experiencia propia, pues si no cometía el pecado de adulterio, experimentaba las ganas de cometerlo, o más exactamente sufría por estarle prohibido sucumbir a él. Asaltado por la tentación, deseaba la mujer de otro, una amiga de los *Cuadernos*, la hermana de un colaborador: Blanche Raphaël, que comprendía sus inquietudes personales y filosóficas. La conoció por lo menos desde 1902, antes tal vez, pues desde 1899 le ligaba una camaradería con su hermano Gaston Raphaël.

Péguy nunca pudo desprenderse del peso que en su conciencia le causaba el haber permanecido apartado de la fe de su madre, de haber perdido el gusto por el trabajo, aquel sabor que le había dejado su infancia.

En el mecanismo de la salvación, el Avemaría fue para él como el último recurso, como el último socorro. Con esta oración no había perdición posible, y esta experiencia la hizo sin duda en camino. En 1912 salió en peregrinación hacia un santuario próximo, el de Chartres, y recorrió los cien kilómetros a pie. Al ver a lo lejos el campanario en la llanura, confesó a Lotte tres meses más tarde que sus «impurezas cayeron de golpe». Era ya otro hombre: «Nuestra Señora me salvó de la desesperanza» (*Conversaciones*, 174). Todavía al año siguiente, dos días antes de morir, el 3 de septiembre de 1914, el teniente Péguy puso unas flores al pie de la Virgen, en la capilla de Montmélian, cerca de Vémars. Péguy fue católico, pero le escandalizan muchas de las cosas de la forma como se vivía el catolicismo a comienzos del siglo XX. «La Iglesia de Pío X, tal como se presenta en Francia, le parece hundida en los compromisos, curtida en los conformismos, infiel al mensaje evangélico. Con su política, su moral y su ideología traiciona el dogma que profesa» (Bastaire 1979, p. 148).

## 3.8. La experiencia religiosa

Si las causas del mal social tenían que ver con la libertad personal, entonces el paso hacia la solución debía ser el cambio de vida, una exigencia requerida por una verdadera búsqueda de la justicia, es decir, aquella que no deje a algunos fuera del bien de la comunidad humana. Este tema le llevó a Péguy de la experiencia política a la experiencia religiosa.

Según Péguy, la mentalidad clerical destruía más la Iglesia que los argumentos de los profesores, pues los clericales habían hecho del catolicismo una religión oficial de la burguesía y una forma de política. La Iglesia católica falló en cuanto a las exigencias de verdad y de justicia en el caso Dreyfus. Se mostró indiferente a la suerte de un inocente y no protestó contra el recurso deliberado a la mentira (el falso Henri) por no hablar del odiado rencor contra los judíos que nutría con razones teológicas. La misma ausencia de caridad explicaba una tercera ceguera de la Iglesia católica: su benevolencia para con la burguesía capitalista y su oposición al socialismo.

Muy pocos católicos contemporáneos de Péguy entendieron su filosofía y su batalla. La causa temporal de la ciudad eterna, la causa de la verdadera caridad, o de la ciudad de Dios, era la verdadera revolución. Los cristianos, quizás pocos, herederos de la mística del Redentor, estaban todos metidos en la brecha de una guerra que ya no conocía fronteras. Su fidelidad en el tiempo moderno era la misma fidelidad que la de los primeros cristianos.

No es que su fe fuera arcaica, medieval o del Antiguo Régimen; al revés, era innovadora, «reconciliaba —como sugiere Bastaire— en su seno dos corrientes enemigas hasta entonces: la corriente emancipadora de los Derechos del Hombre y la corriente redentora de la Biblia» (Bastaire 1979, p. 139).

Un católico, según Péguy no era alguien que creía en santo Tomás o en Pío IX, sino una persona que profesaba el Símbolo de Nicea o, en otras palabras, el Credo de la misa, y que aceptaba en lo esencial la interpretación que del mismo daba la Iglesia en su práctica litúrgica y sacramental. Así se lo dijo a Lotte el 3 de abril de 1912: «Yo pertenezco a esos católicos que cambiarían todo santo Tomás por el *Stabat*, el *Magnificat*, el *Ave María* y el *Salve Regina*» (*Conversaciones*, 120).

A Péguy le gustaba practicar esa liturgia en latín, pues, como observaba en 1911 en *Un nuevo teólogo*, tan singular era «la concordancia entre el latín y la palabra ritual, entre el latín y la resonancia propia de la palabra sagrada». Aunque no dudaba de que hubiera también «una elección francesa». Llegaba incluso a decir que el francés era «una segunda lengua sagrada».

Entre los grandes religiosos, Péguy cita a Francisco junto a Benito y Bernardo. No niega la fecundidad de otras órdenes distintas a la benedictina. Pero excluye toda vida monástica que, menospreciando el mundo, se edifique contra el mundo. Y tanto como a los monjes, Péguy criticaba a quienes les imitaban, agrupando a toda esa ralea dentro de la categoría de los «curas». Péguy no ponía en causa el sacerdocio. Lo que denunciaba con el nombre de «curas» eran los clérigos de toda clase, regulares o seculares, religiosos o sacerdotes. Los responsables de la descristianización eran ellos y sólo ellos.

Péguy citó a menudo la figura de Jacques Maritain, recién convertido y al que alentaba un dominico, el padre Clérissac (cuyo nombre estaba entre los *clerici*),

que había ido a visitar a la esposa y a la suegra de Péguy para suplicarles que consintieran en bautizar a sus hijos, y a lo largo de una dramática entrevista había obtenido un fracaso completo.

El antagonismo absoluto del «cura» era el padre de familia, que era el hombre más alejado de la regla y de los clérigos. El auténtico aventurero, quien afrontaba «la más terrible aventura, la más constantemente trágica», la de conseguir el pan cotidiano. Péguy había dicho también en varias ocasiones: «vendrá un día en que, por la penuria de sacerdotes, la Iglesia deberá conferir las órdenes a hombres casados».

## 3.9. Ética y política en Charles Péguy

Antoinette Kankindi, en su obra *El fundamento ético de la política en Charles Péguy* (Kankindi, 2010) esboza los principales axiomas de esta cuestión. El pensamiento de Péguy gira en torno a la laicización radical del Estado y la democratización de la organización social y política de corte socialista que se desarrolló en Francia a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Si bien supo identificar los principios buenos de la Revolución francesa desenmascaró los puntos débiles de los tiempos modernos.

Péguy achacaba la falta de ética al desarrollo del mundo moderno. No quería decir que no hubiera valores en su sociedad, sino que se habían sustituido unos por otros. La virtud aparecía como un subproducto de la condición económica. El dinero y el prestigio habían ocupado el puesto del trabajo bien hecho, el honor de trabajar bien. De ahí la vigorosa denuncia que hizo contra el dinero, y el mundo esclavizado por el dinero, porque educaba en la idolatría de la fuerza y de las riquezas, corrompiendo la capacidad de cultivar la virtud. Solo la capacidad de responder con ética podía sacar a los buenos del aprieto; pero para eso hacía falta dotarlos de educación para crear una cultura adecuada en una sociedad ordenada.

La tarea de configurar un orden que superase el desorden social creado por el pensamiento moderno fue el centro de la reflexión de Péguy. Esta tarea reclamaba una nueva forma de humanismo, nueva frente a la que estaba vigente, pero que debía recuperar algo del antiguo, porque en la vida del hombre y de las sociedades había siempre algo de noble estirpe que determinaba los verdaderos avances.

A partir de la relación entre política y ética fundada en la conciencia de la dimensión espiritual del hombre y su naturaleza social, se entiende que Péguy prefiriera hablar de un orden social justo que supera la fraternidad sin contenido, presente en el lema de la Revolución Francesa y que nunca se tradujo en una realización concreta. Como sostiene Kankindi:

> «Péguy no sugirió ningún régimen político específico, más bien las ideas fundamentales sin las cuales cualquier proyecto político fracasaría. Por eso subrayó la importancia de defender lo que hace del hombre una persona, su libertad, su razón y su vida, pues ella debe ser el centro y el punto de partida para pensar un proyecto social adecuado.» (Kankindi 2010, p. 218).

## 3.10. La educación y la cultura en Péguy

Las ideas de Péguy sobre la educación recorren todos sus escritos. Tal y como expone en la ciudad armoniosa, la educación debía preparar para «el nacimiento y la vida, las funciones intelectuales y las funciones manuales bien repartidas entre los hombres» (Pl. t. I, p. 838).

Su reflexión sobre la crisis de la enseñanza tenía una enorme carga premonitoria: para Péguy las crisis de enseñanza son crisis de vidas parciales que anuncian crisis de la vida en general. Esa es la razón por la cual la educación se debe tomar en serio: es el medio para convertir las conciencias, y solo desde allí se puede responder a los desafíos de cualquier crisis social.

Péguy veía en la laicización un germen de injusticia. La laicización no solamente había eliminado la injusticia, que permanecía en cierto modo, sino que la había agravado. Péguy sabía que, al eliminar las humanidades, se quitaba la posibilidad de seguir dando las bases universales de la cultura progresivamente. A eso se añadía la politización (Pl. t. III, p. 826), que el socialismo extendía hasta los maestros de primaria y secundaria, después de haberse apoderado de la universidad. No se había mejorado las condiciones de los educadores. Pagarles mal era tan injusto como el limitar su preparación.

## 3.11. La ciudad armoniosa

La pasión por la justicia social, por la libertad y el amor a la humanidad llevó a Péguy a concretar una comunidad, que aparecía como una ciudad armoniosa. Era una ciudad fundada sobre la justicia, que era un bien común que se construía con la participación libre de todos y cada uno de los individuos, que ponían todo su esfuerzo en realizar bien su función (Kankindi, 2010, p. 65). El proyecto era preparar, sobre el papel, la creación de una ciudad nueva, y describir la mejor ciudad posible. No era una ciudad fantástica o imaginaria, sino una ciudad en la que cada alma llegaba a realizar del mejor modo su ser. Era una ciudad planetaria, porque admitía a todos los ciudadanos, de todo lugar, oficio, religión, lengua y filosofía; siendo el papel de cada miembro distinto, pues no se pedía lo mismo a los niños, a los adolescentes, a las mujeres, a los hombres o a los ancianos. Cada cual tenía su papel propio, incluidos los enfermos, y eso exigía que cada cual hubiera trabajado para cada uno según sus competencias.

Péguy quería demostrar con su ciudad ideal que la competencia capitalista llevaba a trabajar egoístamente, lo que no tardaba en generar injusticias.

Péguy describió cómo las ciudades religiosas que habían sido monasterios y abadías, antiguamente fervientes y laboriosas, se fueron modernizando, es decir adquirieron poder y dinero y se fueron alejando de la mística de Jesús. Su trabajo civilizador dejó de tener significado para el pueblo, porque este percibió que en vez del servicio que venían ofreciendo, los monasterios y abadías pasaron a dominar al pueblo.

La ciudad armoniosa de Péguy tuvo la consideración de una simple utopía, que algunos han comparado con el *Diálogo sobre los orígenes y fundamentos de la desigualdad* de Rousseau, porque parece referirse a algo que no ha existido nunca, ni

puede existir. Pasini (1977, p. 85) ha visto en el diálogo sobre la ciudad armoniosa (convencionalmente abreviado como Marcel) una influencia de Platón, porque el concepto de ciudad significa en la República de Platón tanto el conjunto de los ciudadanos como la organización de la vida. También serían de influencia platónica las nociones de belleza y de justicia, expresadas en el concepto de armonía en el texto. Pero como muy bien señala Kankindi (2010, p. 100) hay algo radicalmente distinto y que diferencia a esta ciudad de la de Platón y es que en la ciudad platónica el ciudadano no elige; los gobernantes deciden por él, de modo que el ordenamiento tiene primacía sobre la libertad individual. La ciudad armoniosa, en cambio, está fundada sobre la libertad (Pl. t. I, p. 82). Es posible pues que la influencia de Kant y de Rousseau hayan hecho mella en Péguy, puesto que el ideal griego de la libertad es un ideal aristocrático limitado a una clase privilegiada de ciudadanos.

### 3.12. *Somos vencidos* (*Nous sommes des vaincus*)

Con desilusión Péguy escribió, en 1909, un texto titulado pesimistamente *Nous sommes des vaincus*, después de observar que los proyectos en los que había puesto todas las energías, desde el personal al socialismo o de este al patriotismo, pasando por la cultura y la educación, la verdad o la justicia, habían fracasado.

Significativos fueron los últimos momentos de su vida. Así los relata el capitán francés d'Estre en su diario: «La expresión de su cara es de una calma infinita. Parece sumergido en un sueño profundo. En su anular izquierdo una alianza. Me inclino sobre su placa de identidad, no me dijo absolutamente nada» (en Pablo Ortiz Soto, «Hombre en camino: Elogio de Charles Péguy», a propósito de *El frente está en todas partes*).

### 3.13. El frente, hoy

¿Y qué ha sido de las fronteras, de los frentes que colmaron la vida de Péguy?, ¿siguen existiendo hoy? Sin duda, aunque falta la voz de Péguy. En efecto, no es fácil leer al escritor, entre otras cosas porque no alcanza la difusión editorial debida.

Si nos preguntamos por qué hay que leer a Charles Péguy diremos que por su papel de humanista y por su trascendencia de lo cotidiano, por su diagnóstico social, por su profundidad en lo histórico y religioso. Alain Fournier, el autor de *Le grand Meaulnes* y víctima como él de la guerra, considera su obra como una de las mejores obras de la literatura contemporánea. Se le ha comparado con Pascal, por su papel de defensor de las razones del corazón que la mera razón no comprende. El académico francés Alain Finkielkraut ha dicho de él que es «uno de los más grandes pensadores del mundo moderno y tiene, sin ninguna duda, la misma estatura que Nietzsche y que Heidegger». André Gide en carta a Péguy de 27 de octubre de 1911 le dice a propósito de una obra, «Pórtico del misterio de la segunda virtud… me deja aún más pasmado que "El misterio de la segunda virtud". Lo leí anoche de un tirón, como hay que leerlo a usted, y dejando de lado todo lo demás. Me parecía estar sentado al órgano tocando una fuga de Bach».

Pero según Jean Bastaire (1975, p. 6), «su adaptación clerical-chauvinista lo ha falseado todo» [...] Este militante «sigue existiendo. Los derechos del hombre, el helenismo, las malas costumbres industriales: nada de lo que alimentó su combate desaparece».

La imagen del soldado muerto por Francia reviste todo su sentido cuando se descubre en ella el símbolo de un hombre siempre movilizado, constantemente en la brecha. Un hombre segado bruscamente de su combate, un insurrecto muerto en las barricadas. Tenía cuarenta y un años.

¿Por qué este revolucionario ha sido tan poco reivindicado por otros revolucionarios y por qué, a la inversa, muchos conservadores se lo han acaparado?

Mientras vivió, Péguy sólo tuvo una corta fama: en 1910, cuando la aparición del *Misterio de la caridad de Juana de Arco*, y en 1911, cuando la concesión fallida del Gran Premio de Literatura de la Academia Francesa. El aislamiento en que las corrientes que dominaban la inminente preguerra de 1914 dejaron a Péguy es significativo del carácter irreductible que poseía. No había forma de manipularlo. Se olvidó su socialismo, o peor, se llegó a pensar que había renegado del mismo. Se interpretó su vuelta a la fe como una vuelta al tradicionalismo conservador. La izquierda y la extrema izquierda apenas estaban decididas a defender a un hombre que había insultado a Jaurès.

Los años 1930-31 conocieron el inicio de un descubrimiento de Péguy. Entre 1930 y 1940, otras dos tendencias: un peguysmo de movimientos de juventud y un peguysmo demócrata-cristiano, que junto con el peguysmo conservador, aseguraron al autor dentro de los ambientes católicos. El aumento del peligro fortaleció el atractivo de Péguy.

Robert Burac, editor de sus obras completas está convencido de que durante mucho tiempo se han ocultado partes enteras e importantes de los escritos de Péguy; así es como se ha instalado en la opinión pública una imagen falsa del escritor (Kankindi, 2010, p. 21). También piensa que las traducciones han privilegiado su obra poética.

Péguy es un filósofo de la crisis y un poeta de la esperanza, y uno de los grandes escritores desconocidos en países como España. Péguy es indudablemente una figura que trabaja de manera incansable por la renovación de la conciencia europea. Todo está vinculado con la particularidad de la mística europea en el interior de las dos guerras mundiales, con la historia y posición de Francia antes, durante y después de las dos contiendas, por una parte; y, por otra, con la cultura laicista.

No son pocos los que hablan de él, pero casi siempre como uno de esos escritores a los que se cita sin haberles leído.

Como señalan sus críticos, «Péguy ha de encontrar una extraordinaria resonancia en el meridiano de nuestra cultura. Péguy es radicalmente contemporáneo nuestro y ya es tiempo de redescubrirlo en su contundente modernidad» (Bastaire 1979, contraportada). Todos los frentes o fronteras a los que debió exponerse el escritor de entresiglos siguen activos en nuestra vida de hoy en día.

## 3.14. Bibliografía

BASTAIRE, Jean. *Charles Péguy el insurrecto*, Madrid: Ediciones Encuentro, 1979.

GOLDIE, Rosemary. *Vers un héroïsme intégral: Dans la lignée de Péguy*. Paris : CACP, 1951.

KANKINDI, Antoinette. *El fundamento ético de la política en Charles Péguy*. Pamplona: Eunsa, Colección Filosófica n.º 213, 2010.

LEROY, Géraldi. «L'itinéraie politique de Péguy», en *Péguy vivant*, n.º 1, pp. 149-158, 1978.

PASINI, Dino. «Il socialismo giovanile di Péguy»,en *Péguy vivant*, n.º 1, pp. 83-105, 1978.

PÉGUY, Charles. *Œuvres en prose 1898-1908*. Bibliothèque de La Pléiade. Paris: Éditions Gallimard, 1959.

— *Œuvres en prose 1909-1914*. Bibliothèque de La Pléiade. Paris : Éditions Gallimard, 1961.

— *Œuvres poétiques complètes*. Bibliothèque de La Pléiade. Paris : Éditions Gallimard, 1975.

— *El dinero*. Traducción, estudio, notas y comentario de texto por Javier Selma. Madrid: Editorial Narcea, 1973.

VADE, Yves. *Péguy et le monde moderne*. Paris : CACP, 1965.

VALENTE, Gianni. «Péguy, el poeta del estupor» en, *30 Días*, n.º 1, pp. 6-19, 2001.

VALVERDE, Jose María. *Historia de la literatura universal con textos antológicos y resúmenes argumentales*, vol. 8. Barcelona: Planeta, 1986.

VERGINE, Pia Italia. «La lectura», en ACP, n.º 104, pp. 398-410, 1993.